

# Sylvain Prudhomme

El niño del taxi



AdN

# **Sylvian Prudhomme**

## El niño del taxi

Traducido del francés por M.<sup>a</sup> Dolores Torres París

**AdN**

Título original: *L'enfant dans le taxi*

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o ejecutada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Les Éditions de Minuit, 2023  
© Traducción: M.<sup>a</sup> Dolores Torres París, 2024  
© AdN Editorial (Grupo Anaya, S. A.), 2025  
Calle Valentín Beato, 21  
28037 Madrid  
[www.AdNovelas.com](http://www.AdNovelas.com)

ISBN: 978-84-10138-74-2  
Depósito legal: M. 27.115-2024  
Printed in Spain

Esa mañana ayuda a su padre a cortar la leña en la era. Ha nevado toda la noche, el suelo blanco está salpicado de barro en los sitios que ellos han pisado. Desde hace una hora, la joven le presenta los troncos, uno tras otro y, una vez tras otra, recoge la cuña en la nieve para sostenerla en vertical encima de un nuevo tronco, el torso inclinado hacia adelante, el brazo rígido a la espera del mazazo. Por fin, el último leño cede, la madera cruje, las dos mitades se separan y caen desgarradas en la nieve. La pulpa brilla a la luz. El padre vuelve a apoyar la maza contra la pared y se aleja. El pastor lo espera en el establo; hace dos días que descubrió pederro en las pezuñas de los animales.

La joven se queda sola, termina de apilar la leña en un silencio roto solamente por el sonido nítido que hace la madera con cada pedazo que coloca en lo alto del rimero. Alrededor, las paredes callan, la chimenea humea, toda la granja está acostada en la nieve como un animal calentito.

La joven se pregunta dónde estará el francés que la familia aloja desde hace dos semanas. ¿Se habrá dado cuenta de que se ha quedado sola? ¿Sabrá que la madre ha ido al pueblo por la mañana y que el padre ha bajado al establo, donde permanecerá al menos durante un par de horas? ¿Que como mínimo hasta la hora del almuerzo no vendrá nadie?

Observa la casa, tratando de adivinar dónde está el soldado. Espía en las ventanas alguna señal, el movimiento de una persiana, de un visillo, de una silueta. Se pregunta si el francés pensaba bajar esta mañana a la guarnición o quedarse hasta la noche en la granja, como hace a veces, enfrascado en sus libros, cerrándolos solo para dar un breve paseo, el mismo cada vez, siempre a la misma hora de la tarde, a lo largo del mismo sendero que baja al lago, mientras ella lo ve alejarse con melancolía, y el trabajo que en ese momento hacen sus manos le parece fútil, las sábanas que pone a secar en el tendal, los conejos a los que da de comer... Qué no daría ella por caminar también hacia el lago, detenerse como él contemplando el panorama del lago que la ha visto nacer, vasto como un mar, cerrado en la otra orilla por las montañas de Suiza y de Austria.

Y, de pronto, lo ve. Está allí, mirándola, muy cerca, recordado en la ventana de la cocina, desde hace rato, quizá. La chica da un respingo. Sonríe. Le hace un gesto. Un gesto con la mano que significa: ven. Un ademán inequívoco, antes incluso de haberlo deseado, un ademán que no puede significar otra cosa. A continuación se gira y camina hacia el cobertizo, al otro lado del patio, hasta alcanzar la pesada puerta de madera y abrirla lo suficiente para deslizarse en la oscuridad. Después se pega a la gruesa pared y espera. Espera entre el fuerte olor a saín, a paja almacenada, a fertilizante, a herramientas y máquinas cuyos rodillos habían pasado sobre el purín. Escucha los latidos de su corazón. La sangre le late en las sienas.

Oye los pasos que crujen en la nieve, los pasos del francés acercándose; en diez segundos estará allí. Lo adivina cruzando la era nevada, con las manos hundidas en los bolsillos del abrigo que ella le limpió sin conseguir ablandarlo, como si la escarcha y el barro lo hubieran endurecido irre-

misiblemente, el abrigo que nunca se quita, el abrigo con el que ha hecho la guerra.

Oye el chirrido de los goznes, ve abrirse la puerta de nuevo, de forma casi imperceptible, la silueta del hombre deslizando en el resquicio de luz, inmóvil un rato en la oscuridad, sin distinguir nada al principio, pronunciando después su nombre con voz vacilante.

La joven se separa de la pared y se coloca ante él, de pie cuan alto es, en las sombras. Sonríe, satisfecha de su atrevimiento. Escucha al francés murmurar su nombre, pronunciarlo con torpeza. Le hace gracia que pronuncie tan mal el alemán, que no entienda nada después de las dos semanas que lleva viviendo con su familia. Se da cuenta de que el chico tiene frío, lo delatan la nariz húmeda, las mejillas pálidas, las manos heladas. Su cuerpo no está acostumbrado, no está hecho para la guerra ni para semejante frío. Todo lo contrario de los cuerpos de los soldados que en los últimos meses irrumpían de repente en la granja con sus vozarrones de borrachos, sacrificaban tres o cuatro gallinas y se las comían medio crudas mientras desde lejos la devoraban a ella con los ojos, con las bocas llenas de palabrotas, de burlas lascivas en el fondo de las pupilas, para irse tan rápido como habían llegado, con el terror de los hombres en pleno descampado, la brutalidad de los seres vivos cuyo fin está cerca y lo saben, y que, desesperados por saberse sentenciados, envidian todo lo que sobrevivirá en torno a ellos; si por ellos fuese, le arrancarían la piel a tiras a cada ser vivo cuyo corazón va a seguir latiendo, le comerían las entrañas, haciéndole pagar muy cara la insolencia de su salud.

A lo largo de seis años de guerra ha visto pasar infinidad de soldados. Alemanes. Franceses. Vencedores. Vencidos. Prisioneros. Reclutamientos forzosos destinados a las cosechas y a los trabajos de labranza. Traidores a su país que no se

avergüenzan de pavonearse entre los verdugos de su pueblo, luciendo condecoraciones, después de tragarse todo su orgullo y beberse toda su vergüenza. Ha visto pasar derrotados a los vencedores de ayer, huyendo hoy como almas en pena, irreconocibles, diezmados, feroces.

Pero este francés es de otra pasta. Tiene el cuerpo largo y espigado, el rostro delicado y modales casi femeninos. Vive con ella y sus padres desde hace dos semanas, sin esbozar jamás un mal gesto; comparte con ellos las comidas, la trata con educación, incluso la invitó a bailar la otra noche bajo los árboles en la orilla del lago, al son de la orquesta que tocaba en el quiosco de la música, una verbena que los franceses habían organizado para celebrar el fin de la guerra, el regreso de la vida, si se le podía llamar vida a aquello; los franceses no habían escatimado en gastos y de las ramas de los tilos y los sauces colgaban farolillos sobre el agua, toda la orilla brillaba en la noche. Había en todo aquel fasto iluminado en el corazón del pueblo exangüe una arrogancia insostenible y, sin embargo, la música era reconfortante, el alcohol era reconfortante, y todos se habían dejado llevar poco a poco. El francés la había sacado a bailar y quien más quien menos había fruncido el ceño al ver que ella aceptaba, que se levantaba y, sin la menor vacilación, se ponía a bailar un vals en sus brazos, que los dos danzaban dichosos, que eran atractivos. Hacía tanto tiempo que no bailaba así, en brazos de un hombre que le gustaba, al son de una orquesta que tocaba para ella, con todo el cuerpo recorrido por el calor de varios vasos de vino espumoso bebidos sin mesura.

Aquello había pasado tres días antes y al día siguiente varias amigas se despacharon a gusto diciéndole a la cara lo que pensaban, no se te ocurrirá acostarte con un francés, ¡qué vergüenza para el pueblo!, nos van a tomar a todas por putas. Otra amiga, en cambio, le había dicho, ¡hazlo!, ¿a qué espe-

ras para disfrutar del amor?, la había mirado frente a frente y, cogiéndola por los hombros, poniendo los ojos en blanco, la había sacudido como a un manzano, ¡espabila, bonita, ya has visto cómo es el mundo a tu alrededor, o no te das cuenta en qué estado se halla el pueblo, en qué miseria estamos todos, no dejes pasar una ocasión como esta, le había repetido, disfruta del amor y olvídate del qué dirán, manda a la mierda a todas esas malas lenguas que se mueren de envidia por no estar en tu lugar, ¿te gusta ese chico?, pues no seas tonta y acuéstate con él.

Ahora besa al francés, se aprieta contra él. Lo besa de nuevo, saborea sus besos ardientes, jugosos, febriles, de un ardor casi cómico, los besos de un amante que ama el placer, el amor, hacer el amor, esas cosas se adivinan instintivamente. Siente los brazos que la envuelven, las manos, que pasan bajo la toquilla que se ha echado sobre los hombros, la aprietan, la abrazan contra él, impacientes, agarran ya las caderas, las nalgas, se deslizan bajo su ropa. Ella se aparta un instante de él, atrapa un viejo cobertor en una balda, lo desdobra y lo extiende sobre la paja. Luego le dice ven, *komm*. Menos mal que el francés entiende esa palabra, y los dos se tumban, se abrazan, se besan, se acarician con avidez, están desnudos, se acurrucan para calentarse lo mejor que pueden. Son jóvenes pero eso no impide que sepan muy bien qué gestos hacer, qué movimientos imprimir a sus cuerpos para darse placer y recibirlo. En su recuerdo todo sucede con naturalidad, todo es sencillo, se acuerda de que eso es lo que le llama la atención: lo fácil que es todo, lo cálido y perfecto que es. Eso y la flexibilidad de sus cuerpos enlazados. La suavidad de la piel. La humedad de los sexos. La energía de los músculos. La plenitud de toda esa vida que late en sus venas e irriga sus cuerpos con tanta fuerza, que exulta, que desde hace meses no pedía otra cosa más que eso, exultar.



\*

Ignoro si esta escena tuvo lugar. Es decir, ignoro si ocurrió así, en esas circunstancias. Ignoro si la era de esa granja existió alguna vez. Si eso ocurrió en un cobertizo, en una habitación de hotel o en los vestuarios de un pabellón de oficiales. No sé cómo era el rostro de la desconocida del lago Constanza. No sé si era rubia o morena, no sé nada, ni siquiera tengo un indicio del color de sus cabellos, de su silueta, de su postura, de sus gestos, de su tipo de carcajada, sonora o ligera, de su timbre de voz, de su tipo de carácter, alegre o, por el contrario, caracterizado por la seriedad. No tengo ninguna foto, ningún relato ni de primera ni de segunda mano.

Solo sé que esta escena me persigue. Que la plasmé en un libro hace años, sin entender del todo lo que representaba. Veo que mi imaginación me lleva una y otra vez a esa escena, la fantasea, la sueña. Con su inocencia. Con su gravedad. Con su vértigo de consecuencias imprevisibles. Escena del deseo más fuerte que todas las prohibiciones, con su sinrazón, su escándalo, sus efectos durante décadas después. Escena ordinaria del deseo ordinario, con su onda expansiva ordinaria. Escena primitiva, desaparecida para siempre, porque ni Malusci ni aquella mujer están ya aquí para contarla. Matriz solar y sombría a la vez, en torno a la cual quiero volver, quiero regresar, antes del día en que todos aquellos a los que ataño, de cerca o de lejos, estén a su vez sepultados bajo tierra, cuando nada quede allí excepto el sol sobre el lago, y las montañas nevadas circundantes, y el agua centelleante para siempre, contemplada por otros enamorados de paseo por la orilla, siempre nuevos, con la misma emoción que Malusci y aquella mujer antes que ellos, caminando uno junto al otro, deseándose el uno al otro —otra vez el deseo, la necesidad incontenible de abrazarse, de fundirse el uno en el otro, los

mismos impulsos electrizando los cuerpos por los siglos de los siglos—.

No sé por qué me obsesionan esos dos amantes. Solo sé que ocurrió. Que esas dos bocas se besaron un día de primavera. Que esos dos cuerpos se entregaron el uno al otro. Sé que Malusci y aquella mujer se amaron, palabra a la que no puedo decir exactamente qué valor se le debe dar aquí, pero que, en cualquier caso, es apropiada, ya que amarse puede tener múltiples significados, incluso simplemente acostarse en un cobertizo, sin más arrebatado de ternura que el fulgor de un deseo efímero, el estallido de un placer acuciante, cuyo recuerdo tanto Malusci como aquella mujer guardaron durante mucho tiempo. Sé que de ese placer nació un niño, que sigue viviendo allí, cerca del lago. Y que este es un libro para él.

# 1

---

Pero antes de nada hay que ir al principio. En primer lugar, hay que contar el instante en el que toda la historia empezó a salir a la superficie, a abrirse camino a través de las capas de silencio bajo las cuales todos, durante décadas, habían adquirido la costumbre de enterrarla, la costumbre o la decisión más o menos deliberada —suponiendo que se pueda determinar con exactitud la parte de lo que fue conscientemente querido y la parte de lo que no fue más que un desafortunado cúmulo de negligencias sucesivas—, una aciaga acumulación de falta de decisiones más que de auténticas elecciones, una especie de desidia, un aplazamiento mil veces reiterado de la promesa hecha a uno mismo de afrontar por fin la dificultad, no tanto un acto propiamente dicho como la perpetuación de una ausencia de acto, la continuación de una ausencia de contravención a la voluntad de la familia, de una ausencia de escándalo, la conformación al eterno imperativo de *no agitar las aguas*: algo así como un orden superior a modo de veladura, una capa protectora de silencio que se ha vuelto invisible a fuerza de costumbre, tanto más poderosa como apacible, sin asperezas, sin grumos, puesto que todos los secretos están hechos de esa pasta inocente, vestida de las mejores intenciones, disfrazada de preocupación por el prójimo: si no te dije nada era por tu

bien. Porque desde siempre en el orden de las familias el crimen es hablar, nunca callar.

Algo así, pues, como un hábito perezoso que, al cabo de varias décadas, todo el mundo había asumido y que había relegado el asunto fuera del círculo de las preocupaciones familiares, entre las cuestiones que nadie mencionaba más que bajando la voz al final de una comida de Navidad profusamente regada, cuando solo quedaban de tertulia en torno al café los enterados, y además, ¿para qué recordar esas cosas en las que nadie quería pensar?, ¿para qué despertar un recuerdo que por fin empezaba a dejar en paz a quienes había atormentado durante tanto tiempo?

Hasta aquella tarde de julio en que el secreto resurgió allí mismo, en aquella estancia, cuando la familia en pleno, recién llegada del cementerio, se relajaba y, bajo el efecto de los petitús y un delicioso moscatel, recobraba el ánimo, el buen humor en los semblantes, mientras los parientes de más edad dormitaban arrellanados en los sillones y el primo preferido de todos por sus ocurrencias contaba de nuevo un chiste aquí y otro allá, permitiéndose todo el mundo reír otra vez, hablar de algo más que del abuelo, ahora ya apaciblemente bajo tierra, o evocar recuerdos del difunto distintos de los obligados por la solemnidad de la ceremonia, la vida comenzando a moverse de nuevo, a fluir con su murmullo familiar, su bulli-cio tranquilizador.

Y yo que, de repente, me había encontrado con el extremo de un hilo entre los dedos, el cabo de un ovillo del que inmediatamente sentí que solo tendría que tirar para atraer hasta mí el resto de la historia. Había ocurrido en ese preciso instante y, contra todo pronóstico, no había tenido nada que ver con el azar, ni con la indiscreción involuntaria de un invitado, ni mucho menos con la lectura de un documento o de una carta que yo jamás habría cometido la indiscreción de ojear.

No: había sido por obra y gracia de un hombre, al que en adelante llamaré Franz, de su decisión tranquila, cuidadosamente meditada durante días, o quizá tomada durante el trayecto de regreso del cementerio, que había hecho rumiando su frustración por haber guardado silencio una vez más, incapaz de soportar la tortura de seguir plegándose a aquella *omertà* general.

Rebobinemos la escena con todo lo que había tenido de inesperado, de sorprendente: más que el cabo de un ovillo era la mecha de una bomba lo que el hombre en cuestión —el susodicho Franz— había puesto inesperadamente entre mis manos, sin previo aviso, sin venir a cuento, unas palabras susurradas al oído con la mayor discreción, frente a decenas de invitados que no habían oído ni adivinado nada de nuestros dos o tres minutos de conversación, toda la casa absorta en las efusiones posteriores a la ceremonia, Imma todavía un poco perdida en el rincón del sofá donde sus hijos la habían obligado a sentarse, rodeada de atenciones, de amabilidad, de palabras de consuelo que no parecía oír, aturdida por el ruido circundante, visiblemente agotada, abrumada por la emoción de los últimos días, que finalmente se le venía encima.

Y, en medio del barullo, aquel hombre que, de repente, había hecho un aparte conmigo, aquel hombre (cómo referirme a él, ¿como mi tío?, de acuerdo, mi tío, siempre y cuando despojemos a la palabra de la connotación de una vieja intimidad, puesto que la relación de mi tía Julie y Franz databa apenas de unos años, la pareja se había casado en segundas nupcias en el ocaso de sus vidas: un tío político al que no había visto más de diez veces en mi vida, del que no sabía gran cosa, con quien nunca había intercambiado más que reflexiones banales, muestras de afecto compartidas con cordialidad, pero sin ahondar en nuestras vidas, sin nada que nos com-

prometiese íntimamente a ninguno de los dos): un hombre casi extraño en la familia, un extranjero, de sangre extranjera en cualquier caso, ya que es la sangre, al fin y al cabo, lo que cuenta en todo este asunto, un hombre que al principio, hay que reconocerlo, tenía a nuestros ojos el prestigio de ser alemán, un auténtico alemán de Alemania con lo que eso tenía de exótico en el seno de nuestra familia genuinamente meridional, aferrada a las sempiternas orillas del Mediterráneo aplastado por el sol, rodeada de las sempiternas viñas de racimos cargados de azúcar, los sempiternos huertos de albaricoqueros y ciruelos, las sempiternas colinas achicharradas por el sol: generaciones de hijos y nietos sin nada en el horizonte que no fuese sangre del sur, rostros marchitos por la canícula, pieles apergaminadas al contacto con el mistral y la tramontana, manos modeladas a golpe de azada en la tierra pedregosa, gaznates curtidos en el tinto saturado de sulfitos del Languedoc y de Argelia —y, de repente, aquel bebedor de cerveza con barba bien apurada, que había llegado de los bosques germánicos como un pedazo de Alemania en sí mismo, un alemán genuino, un alemán de pura cepa, no solo alemán de Alemania, sino alemán de Baviera, no solo muniqués, sino empleado del fabricante de automóviles más famoso del otro lado del Rin, dedicado desde hacía décadas a la producción de coches que, en el imaginario de los Malusci representaban la quintaesencia de Alemania, el compendio absoluto de las virtudes germánicas; el alemán de la familia cuyo francés irreprochable, pero coloreado de un ligero acento, le daba un toque jovial, de bonhomía, simpáticamente tontorrón, siempre servicial, siempre alegre, incluso con Malusci, que en el papel de suegro, sin embargo, aprovechaba la menor ocasión para machacarlo.

Y resulta que era él quien lo había provocado todo, era él quien había aprovechado que yo estaba llenando las copas de

ambos para abandonar bruscamente el tono mundano y hacerme aquella confidencia que yo había escuchado con incredulidad: me arrepiento de una cosa, Simon, ¿recuerdas el momento en que el tipo de la funeraria preguntó si alguien quería añadir algo?

(rebobinemos también los largos segundos de incomodidad que se habían apoderado de todos nosotros en el cementerio, el ataúd a punto de ser bajado a la tumba, los pétalos de rosa ya esparcidos sobre la tapa de madera, Imma preparada desde hacía varios minutos para apurar el trago de ver cómo depositaban al final de las cuerdas en el nicho de cemento al hombre con el que había compartido setenta y cinco años de su vida, toda la ceremonia iniciada esa mañana en la iglesia a punto de alcanzar finalmente su clímax, y el tipo de la funeraria que, erre que erre, como un bulímico, había hecho la dichosa pregunta por última vez)

¿alguien quiere decir unas palabras?

como si no hubiera habido ya varios discursos en la iglesia, como si dos de los nietos de Malusci no hubieran conmovido ya a todo el mundo interpretando el dúo para violín y piano que tanto le gustaba al difunto, perpetuando lo que siempre había sido uno de los vínculos más inquebrantables entre Imma y él, uno de los mayores orgullos de ambos, el de haber creado una familia de melómanos, prolija en pianistas, violinistas y cantantes, el más talentoso de los cuales había sido el propio Malusci, una magnífica voz de bajo ligero, como repetían a menudo quienes habían tenido la ocasión de escucharlo en su juventud, deplorando que no hubiese dedicado su vida al canto, soñando con lo que podría haber sido su carrera si hubiera perseverado y no hubiese tirado la toalla a la primera de cambio, ante el primer obstáculo, se lamentaban con una pizca de reprobación

¿quiere algún miembro de la familia o algún allegado darle un último adiós al difunto?, había insistido el tipo trajeado de la funeraria, en un momento bajaremos el ataúd y daremos por finalizada la ceremonia

y el caso es que toda la familia había permanecido callada, triste, el tiempo se había dilatado, alargándose, como si por primera vez los empleados de la funeraria ya no lo computasen, como si estuvieran dispuestos a esperar las horas que fuesen necesarias, como si por efecto de un sexto sentido adquirido por experiencia, lo hubiesen adivinado todo, pensé a continuación, como si, bajo aquella facha de profesionales remunerados, hubieran tenido la secreta intuición de que alrededor de aquel difunto rondasen aún secretos que merecían ser revelados, la cincuentena de deudos, hijos, nietos, amigos y allegados, paralizados en silencio, los árboles circundantes inmóviles en el aire saturado de luz, todo el cementerio prostrado a excepción de un mirlo al que todo el mundo había visto volar desde la punta de un ciprés, cortar pacíficamente el aire polvoriento de sol e ir a descansar un poco más lejos, a contraluz, en la cima de un ciprés más alto todavía

¿no es una lástima que nadie quiera tomar la palabra?, dijo el tipo del traje oscuro por última vez, y ¿recuerdas el momento en que pronunció esas cuatro palabras —«no es una lástima»— con entonación interrogativa?, me había preguntado Franz, bueno, pues en ese momento estuve a punto de tomar la palabra, dijo Franz, levantando su copa no tanto para brindar como para enmascarar la emoción que lo embargaba al recordar la escena

estuve a punto de tomar la palabra para decir que quería añadir una cosa

confesión a la que yo no pude sino reaccionar en un tono casi ofensivo

¡tú!



el monosílabo se me había escapado sin querer y había resbalado sobre Franz sin alcanzarlo  
asintiendo con la cabeza sin inmutarse  
debería haberlo hecho, me siento fatal  
sinceramente, me faltó el canto de un duro

marcando una nueva pausa que me había molestado, convencido de que Franz me reprochaba ese fallo, me lo reprochaba a mí y a toda nuestra familia, como una afrenta hacia Malusci, una lamentable nota falsa; de golpe y porrazo me entraron ganas de poner al tal Franz en su sitio, de decirle con toda la mala fe de la que de repente me sentí capaz que allá él si se había sentido incómodo, que a mí, desde luego, aquel silencio no me había parecido largo, ni siquiera sabía de qué silencio hablaba, y además quién era Franz para juzgar a nuestra familia, quién le había dado vela en aquel entierro, qué derecho tenía él de preguntarse si habíamos preparado adecuadamente o no el funeral de Malusci. Todo esto había estado a punto de salir de mis labios con una agresividad que inmediatamente sentí arcaica, venida de lo más profundo, nacida de aquella pulsión de clan por la cual nunca hubiera pensado que me dejaría llevar

(rebobinemos en un par de flashes la jornada que, hasta ese momento, había transcurrido a pedir de boca, si se puede calificar así un día en que una familia entierra a su patriarca: la llegada temprano a la iglesia, el reencuentro de todo el mundo en el aparcamiento, el revuelo al ver llegar un coche y otro sin parar y ver salir de su interior cada vez más siluetas, todos igualmente vestidos de negro, una multitud que va en aumento a cada minuto de parientes lejanos y amigos de la familia en los que no había pensado hacía mucho tiempo y cuya presencia esa mañana en el aparcamiento venía, por así decir, a dar testimonio de la muerte de Malusci, a conferirle una realidad irreversible, espectacularmente confirmada por

la convergencia de todos, el aliño indumentario de todos, la tristeza de todos; el momento en la iglesia en que me habían pedido que me acercase al altar para leer unas líneas sobre mi abuelo, unas líneas en las que, me daba cuenta ahora, había hablado de Malusci en condicional compuesto, evocando todo lo que podría haber sucedido si Malusci hubiera aceptado hacerse más accesible, todo lo que yo, Simon, habría querido compartir con aquel abuelo si hubiera estado dispuesto a ser para todos nosotros algo más que aquella estatua del comendador agujereada por todas partes que, sin embargo, hasta el final había seguido aterrorizándonos, repartiendo a diestro y siniestro sus juicios, sus veredictos; unas palabras que, por supuesto, no había dicho pero había pensado, como muchos otros sin duda entre los presentes; luego, el trayecto en coche con mis padres como antes, solos los tres de camino al cementerio, papá al volante, mamá, a la que le había costado dios y ayuda disimular su tristeza, pensativa, ensimismada, mientras seguíamos en caravana el cuerpo de su padre tendido en el ataúd coronado de flores; finalmente, la lenta caminata por los senderos del pequeño cementerio detrás del coche fúnebre, la frágil silueta de Imma entre los adoquines irregulares, el intercambio de abrazos y apretones de manos, el brillo del sol en el cielo despejado, la conducción hacia una despedida de Malusci completamente exitosa —y de repente el tipo de la funeraria cuya insistencia había provocado el malestar de todo el mundo)

estuve a punto de tomar la palabra, había repetido Franz, y yo tuve que contenerme para no preguntarle a santo de qué, tendría su gracia la incongruencia de la situación que habría resultado de ello, la última palabra sobre la vida de Malusci dicha por Franz

casi me da un ataque de risa con la escena, Malusci entrado con las últimas bendiciones procedentes de ti, un ex-

tranjero que, sin ánimo de ofender, solo lo conocía desde hace un número insignificante de años, a quien ni siquiera estoy seguro de que estuviera muy unido

me había faltado muy poco para mandarle este placaje, pero fue entonces cuando Franz me dejó con la palabra en la boca y mi cabreo se desinfló de repente

estuve a punto de hablar de M.

supongo que has oído hablar de M.

y el menda en órsay, desconcertado, tratando de entender preguntándome quién coño es M.

pensando a toda mecha de qué M. está hablando, qué coño me está contando

sorprendido por ese extraño nombre, incapaz de asociarlo a nada en mis recuerdos

M., el típico nombre americano, pensé al principio, a falta de saber cómo se escribía

M., ya sabes, te han hablado de M., ¿no?, me había preguntado Franz

a lo que ni siquiera me había atrevido a contestar que no limitándome a permanecer en silencio y escuchar, adivinando que todo iría muy rápido a partir de ese momento, que cada palabra que Franz tuviera tiempo de decir quedaría grabada para siempre en mi mente, lo más urgente era que Franz hablase, que dijese todo lo que pudiese decir antes de que nuestra conversación fuese interrumpida por cualquiera, como era inevitable que sucediese, en medio del salón abarrotado de gente

M., el hijo alemán de Malusci, supongo que estás al corriente de que tu abuelo tuvo un hijo en Alemania, en la época en que era un soldado de ocupación a orillas del lago Constanza

un hijo con una alemana que conoció durante unas semanas, estabas enterado, ¿no?

yo aturdido, incapaz de hacer otra cosa que grabar  
el nombre de M.

las palabras «hijo alemán de Malusci»

las palabras «una alemana que conoció durante unas se-  
manas»

cada nueva frase de Franz como una deflagración sorda  
que sentía propagarse por todo mi ser

supongo que estás al corriente de que tu madre y Julie y  
Catherine y Nicolas tienen un hermano en Alemania, un her-  
mano poco mayor que tu madre, que todavía vive allí, cerca  
del lago

yo no había podido hacer otra cosa que mover lentamente  
la cabeza y ver que Franz estaba tan sorprendido como yo,  
que mi ignorancia no hacía sino confirmar su sentimiento en  
cuanto a la ausencia total de M. de la vida de todos nosotros

me entristecía que nadie mencionara a ese hijo, que todo  
el mundo hiciera como si no existiese, así que cuando el tipo  
de la funeraria hizo aquella pregunta pensé que tal vez deber-  
ía decir unas palabras en su lugar, había seguido Franz, estu-  
ve a punto de pedirle a todo el mundo por mi cuenta y riesgo  
que se acordase de su existencia

dicho esto en un tono tranquilo, como si estuviera revi-  
viendo la escena, como si se viese de nuevo frente a la tumba  
en el momento en que bajaban con las cuerdas hasta el fondo  
del hoyo el ataúd de Malusci, sin que finalmente ni él ni nadie  
dijese nada, sin que la jornada tomase en el último momento  
el giro que Franz había pensado imprimirle unos segundos  
antes, sin que nada sucediese, salvo la continuación de la pro-  
pia ceremonia sin contratiempos, sin sorpresas

estuve a punto de pedirle a todo el mundo que dedicara  
sus pensamientos a ese hijo de Malusci del que todo el mun-  
do pasaba olímpicamente, hasta el punto de que muchos de  
los presentes ni siquiera estaban enterados de su existencia

estuve a punto de explicar que a M. le habría gustado estar allí, continuó Franz, que incluso se había planteado venir, que M. se había planteado venir, ¿entendido?, para que se oyese alto y claro el nombre de M. en el cementerio después de tantos años de silencio, pregonado a los cuatro vientos sobre todas aquellas cabezas solo por el placer de verles las jetas desconcertadas. Franz había sonreído, pero ahora su sonrisa era triste y yo percibía el remordimiento en su voz, los reproches que se hacía a sí mismo por haber guardado silencio, por haber cedido como todos durante décadas a la facilidad de callar

estuve a punto de decir que, aunque los azares de la vida no le hubiesen permitido a M. estar allí, nos correspondía a nosotros tenerlo presente en ese momento, dedicarle aunque solo fuese unos segundos de reflexión, el tiempo necesario para que él también se despidiese de su padre

la palabra que Franz había pensado decir delante de todo el mundo y que ahora pronunciaba delante de mí, para que yo la oyese bien, para que la interiorizase

su padre

palabra ante la cual yo había asentido maquinalmente y, alzando los ojos, había visto a Franz llevarse su copa a los labios, beberla casi sin respirar, un trago tras otro, mientras la nuez se deslizaba a lo largo del cuello, subiendo y bajando a medida que el líquido descendía por el estrecho canal de la garganta, irguiendo finalmente la cabeza, cogiendo de nuevo su plato, mientras yo recorría con la mirada maquinalmente el espectáculo de los invitados repartidos por todos los rincones de la estancia, observando los gestos de los que habían salido al balcón a tomar el aire y el sol, las idas y venidas de los que estaban atareados en la cocina recogiendo copas vacías y platos de cartón usados, metiendo en una gran bolsa de basura negra los vasos abandonados aquí y allá

Imma seguía sentada en medio del sofá de cuero en el que parecía hundirse minuto a minuto, ajena a la agitación que la rodeaba; Imma, cuyos ojos se habían encontrado justo en ese momento con los míos, mirándome fijamente como para calibrarme, para sondearme, como si lo hubiera oído todo, lo hubiera adivinado todo

un vaso se rompió al lado del sofá y Franz y yo recuperamos de pronto la noción del tiempo, ya más tranquilos al lado de la mesita auxiliar con las botellas de licor y los aperitivos; a nuestro alrededor los invitados seguían con su ir y venir, charlando; alguien había puesto música, una joven prima se había impacientado al vernos bloqueando el acceso a las bebidas y Franz debió de adivinar la clase de pensamientos que desfilaban por mi mente porque se había reído para quitarle hierro al asunto

estuve a punto de decir todo eso y luego pensé que era pasarse de la raya, se había reído y yo había asentido, riendo también, sin duda, pasarse de la raya, en efecto, había respondido, involuntariamente aliviado, pero aliviado de qué, contento de que se hubiese preservado qué que fuese tan importante

había mirado a Franz con más atención y había notado que en su risa se mezclaba la tristeza

la pena por no haberlo hecho

estuve a punto de decir todo eso y luego me callé, había repetido Franz y yo comprendí que por eso hablaba conmigo en ese momento, para romper al menos ante mí el silencio que no había roto ante los demás, para darle al menos a M. en aquella estancia el lugar que no había tenido las agallas de reclamar para él dos horas antes en el cementerio

de todas formas, ahora ya lo sabes, había dejado caer en el movimiento que empezaba a producirse entre los invitados, porque ya nos llamaban afuera para un paseo vespertino y

quien más quien menos en la sala se afanaba por encontrar algo que echarse por encima de los hombros, una prenda de abrigo, una chaqueta, o en retirar los últimos platos en medio de los cuales no quedaban más que dos o tres petisús olvidados

también puedes ir a verlo si quieres, me había dicho Franz, apretándome un poco el brazo como diciéndome que se alegraba de que hubiésemos hablado, M. vive en un pueblecito a orillas del lago Constanza, en la frontera entre Suiza y Alemania, había añadido, sigue viviendo más o menos en el lugar donde tu abuelo conoció a su madre, el lugar donde ambos al fin y al cabo lo concibieron, justo al final de la guerra; tu abuelo formaba parte de las fuerzas de ocupación francesas en Alemania y fue allí donde se conocieron; me soltó todo esto de un tirón, a mí, que casi ni sabía que Malusci había sido soldado y mucho menos que había formado parte de las tropas que cruzaron el Rin al final de la guerra

venga, si queréis disfrutar de los últimos rayos de sol, hay que ir ahora, se oyó la voz de Julie desde la terraza

venga, a dar un paseo antes de que anochezca, que no tardará

fuera refrescaba imperceptiblemente, soplaba una brisa ligera que mecía las ramas de los olivos en torno a la terraza

es fácil, apenas diez horas de viaje, había añadido antes de contestar a Julie, que lo llamaba desde la terraza

Simon, échame una mano, me había pedido Jeanne, mi prima pianista, que se desvivía por ayudar a Imma a levantarse del sofá y caminar hasta la terraza; yo había acudido también a sostener a Imma y los tres habíamos comenzado a cruzar el salón, el cuerpecito de Imma apretado contra el mío, sus grandes ojos azules dirigidos hacia la puerta que había que alcanzar, un dechado de calma, de paz, de luz, incluso en un día tan funesto

te he visto hablando con Franz, me había dicho Imma en voz baja y yo sentí en mi costado el calor casi centenario de su cuerpo al que la mitad de nosotros directa o indirectamente debíamos la vida

os he visto bla bla bla, bla bla bla, muy concentrados, no sé yo qué sería eso tan interesante que os contabais, dijo Imma, y yo no había podido sino pensar que lo había oído todo, lo había adivinado todo, me había parecido ver el famoso lago de antaño encerrado entre montañas como un ojo, ver a Malusci y a la alemana abrazados en la orilla, Malusci y la alemana enamorados setenta años antes

había querido responder a Imma sin mentirle, decirle que era verdad, que estaba enterado

sí, hemos hablado mucho, me limité a decirle con voz tranquila y, sin añadir nada más, me quedé mirando la mano de Imma posada en mi brazo, una mano de venas azules jaspeada de manchas claras que había visto cientos de veces correr sobre las teclas del piano, esbelta, ágil, rápida, extraordinariamente ligera a pesar de la edad, interpretando a Ravel, a Debussy, a Fauré

habíamos llegado los tres al umbral e Imma recibió los piporos habituales

casi centenaria y estás hecha un pimpollo, no sabes la suerte que tienes

a tu edad y hay que ver qué energía, a cuántos les gustaría poder decir lo mismo

sobre la terraza el cielo estaba despejado, el follaje de los olivos se recortaba en el aire de la tarde

deberías abrigarte un poco, mamá, por lo menos ponte este fular, había dicho Julie, e Imma se había dejado envolver el cuello con aquel tejido ligero sin protestar



Franz había abierto la cancilla que daba a la calle y todos habíamos salido, nos habíamos puesto a caminar por la acera a lo largo de los coches aparcados, habíamos adelantado a la berlina alemana que había traído Franz del país de los automóviles robustos y seguros, toda la familia reunida en torno a Imma, de ahora en adelante condenada a deambular sola entre las paredes de su casa, toda la familia de paseo durante unos minutos en la brisa de la tarde, yendo al paso de la bisabuela, paso lento, aplicado, tenaz, que tenía el mérito de dar tiempo a todo el mundo para charlar, solo los niños corrían delante, desgañitándose cuesta abajo con gritos estridentes que ya nadie pensaba reprimir, la tristeza del funeral diluida, la familia amputada pero a salvo, una vez más superviviente, reparada, alejándose con los últimos rayos del final del día.